

¡OH, RAÍCES!

Raíces, sed un ancla para mi quilla
estibadme contra los vientos rebeldes

sondead tierras y hondas aguas nutrientes
energía que calme mi sed eterna

cegados los arroyos, ciego a vosotras
os ahoga, maldiciones os estancan

y viajeros con mapas junto a las charcas
buscan alivio. Sus tazas en las aguas

elevan burbujas de corrupción, fangos
de maldad, tumbas sin lágrimas ni endechas

Raíces, alejaos de los riachuelos
que se filtran y manchan, que yo esos crímenes

no compartas, comunión infecta tierra
en cenizas de un mismo hogar esparcidas

¡Raíces!: lejos de la traición oscura
de fosas que aceptan, de estacas con gueldo

no seáis la imagen del nido de víboras
cual cebo, de horribles prodigios airados

no, el vigor altivo horada el más hondo
secreto, asoma junto al temor culpable

la garra usurera, las babas que asolan
canillas temblorosas y decepcionadas.

Oh, raíces, sed el ancla de mi quilla
suturadme el pensar con tensos carretes

buscad en la tierra agua fresca y nutriente
cavado con vara aguda pozos eternos

baldead horas rancias hacia el desagüe
sin fin de la muerte. El aliento cautivo

de arroyos y lagos despertad, sus aguas
llevad a la simiente, a las lindes de eras

Raíces, sed la malla que mi diseño

conforma, fieles a vuestra orden secreta.

¡firme edificio elevado con que sanan
desgarros y llantos desnudos, emblema

en diosos bajeles, probado ariete
granito en testa oh demolidor de diques

mortero en térreo hormigón, campaneros
en torres rocosas, dadme las Guirnaldas

del Tiempo, a vuestra eternidad someted
los podios que elevo contra la locura

contra el sombrío instante del engaño
contra los truenos del meridión!

Explorador hacia el averno, conduce
mis pasos al corazón, a la semilla

arrástrame a los crisoles de la alquímica
terrestre, donde nacen metal y roca

a las vibraciones de tu diapasón.
Cógeme las manos, que se unan en charlas,

recuerdos, vistas que cieguen al viajero
que mareas de vino al festín arrastran,

que mis manos se entrelacen a las tuyas
savia clara, carne oscura, espectral cabello,

grilletes cual hojas y ramas, la vena
de rama y roca, ojos en matriz del grano

con un filtro de impulsos teje sus huesos
que los peines de mis tuétanos en roca

reciban raíces de rayos celestes
y almacenen la luz de su ojo difunto

entierra todo pulso letal, que en el cáliz
de mis manos vibre ardiente armonía, y cena

en las bodas de cielo y tierra. Mis manos
engarza a un rito vernal, a las verdes de los muertos.

Oh, raíces, raíces. ¡Si no aguantara!
¡Si el viento lo hundiese y ahogaran arenas

del páramo, si lo abrasara un destello
de la hambrienta espera, los lazos soltad

sobre los diques, defensa final! Guían
la proa los arrastres de la resaca

un baño gris en lagos silentes, esa
paz de viajeros de antaño, este paso mudable.

Puros, esperan a que el rastreador llegue
al centro reseco, al resbalón subiendo

a que el corazón se rinda a extrañas fuentes
que a lo lejos juran saciar la sed perpetua.

LOS TAÑIDOS DEL SILENCIO

Al principio hay una mirilla para ver a los vivos.

Entra a hurtadillas en el patio de los lunáticos, los condenados a cadena perpetua, los violentos y los desquiciados, los tullidos, los tuberculosos, las víctimas del sadismo del poder a buen resguardo de las preguntas. Un pequeño agujero cuadrado abierto en la puerta, lo suficiente para que pase el puño de un carcelero y maneje el cerrojo desde ambos lados. También para que yo –con indiferencia, con grandísima indiferencia– le eche una mirada furtiva a las contadas y fugaces apariciones de una mano, un rostro, un gesto o, más a menudo, una visión borrosa en caqui, la espalda cuadrada del guardia plantada al otro lado.

Hasta que, un día, el ruido de un martilleo. La mañana entera, un asalto de golpes multiplicados y amplificados por los excepcionales poderes de reverberación de mi cripta. (Cuando atruena, mi cráneo *es* el yunque de los dioses). Al mediodía esa brecha está sellada. Ahora sólo el cielo aparece abierto, un cielo del tamaño de una servilleta sujeta con largos clavos y botellas rotas, mas un cielo. Los buitres se posan en un tejado visible sólo desde otro patio. Y los cuervos. Las garcetas sobrevuelan mi cripta y los murciélagos pululan cual enjambre a la caída de la tarde. Murciélagos albinos, de un pálido enfermizo, que emiten señales de radio para merodear por la cámara de los ecos. Mas, de pronto, el mundo está muerto. Después de que cesen, los martillos persisten en su vehemencia por una eternidad. Incluso el cielo se retira, muerto.

¿Enterrado vivo? No. Sólo algo sobre lo que la gente lee. Las boyas y los mojonos se difuminan. Lenta, inexorablemente, la realidad se disuelve y la certidumbre traiciona a la conciencia.

Días, semanas, meses y, tan súbitamente como la primera muerte, un sonido nuevo, un cortejo. Unos pies que se acercan arrastrándose con un ruido metálico de cadenas. Y en este momento otra brecha que durante largo tiempo ha permanecido desapercibida, invisible, un desagüe abierto en la base del muro, este vacío lenta, toscamente, comienza a enmarcar unos pies engrillados. Nada antes había pasado tan cerca, tan pesadamente, por el desagüe del Muro de las Lamentaciones. (Así lo bauticé porque da al patio desde el que una voz estuvo gritando de dolor una noche entera y al alba se extinguió, sin haber recibido ninguna atención. Es el patio del que surgen cánticos y oraciones con una persistencia que sólo iguala la vigilia de los cuervos y los buitres.) Y ahora, pies. Descalzos, a excepción de dos pares de botas con un caminar de peso muerto, para así ajustarse al ritmo de los grillos de los otros pies. Hacia el mediodía el mismo cortejo pasa en dirección contraria. Unos días después el cortejo vuelve a pasar y entonces los cuento. Once. El tercer día de este cortejo despierta con la aurora más dilatada que jamás haya nacido y muerto de silencio, un silencio ahíto y sobrecogedor. Mi recuento se detiene bruscamente después del sexto. Ya no hay más. En ese mismo instante el ritual queda al descubierto, el silencio, la encubierta conspiración del alba, los secretos amortiguados martillean con mayor fuerza que los grilletes en mi cabeza, todo, todo se descubre en un segundo de comprensión paralizante. Cinco hombres caminan en la otra dirección, cinco hombres que caminan aun más despacio, cansinos, con el peso del mundo en los pies, en cada paso, hacia la eternidad. Les oigo detenerse con cada retazo de vida que se encuentran, con cada latido del silencio, con cada mota en el sol, esos cinco para los que el mundo está a punto de morir.

Sonidos. Los sonidos adquieren una cuarta dimensión dentro de una cripta viviente. Una definición que, como en el caso del trueno, se hace físicamente insoportable, y en el caso de lo que se espera pero no se oye, psíquicamente extenuante. Las señales de los murciélagos albinos llagan la barbullas de un oficio de vísperas, ya sea cristiano o musulmán, pagano o inclasificable. Mi cripta convierten en un caldero, una campana boca arriba preñada con todos los credos y cuyas sonoridades se unen, se remueven, se espuman, se cuelan en la urdimbre y en la trama del moho tiznado de los

muros, de hongos de terciopelo verde tejidos por los dedos astutos de la lluvia. Desde más allá del Muro de las Lamentaciones la piedad malsana de las mujeres, esa paciencia inhumana con la que nacen, vaga sin rumbo para sacarle la agonía a latigazos al Muro del Purgatorio. Un batir de alas: un cerrojo blanco y ocre, una paloma torcaz que baja en picado y cruza, una lanzadera inquieta enhebrando remiendos de sol en este telar, el más oscuro. Pasado el muro, por encima de él, un crujido de hojas de árbol: ¡el rostro de un niño! Un cazador cándido se deja ver en su inocencia: un laberinto malvado. Reconoceré su voz cuando los cantos de los niños invadan el caldero de sonidos al atardecer, esta intrusión cadenciosa en la casa de la muerte.

Sale el sol a su espalda. Se disuelve su cabeza en la charca, una lanzadera que se hunde en un telar teñido de un rojo encendido.

PLANES FUTUROS

Se convoca la reunión
del odio: Falsificadores, farsantes
Falseadores Inter-
nacionales. El presidente, un caballo negro,
un jamelgo de circo hecho esprinter con anteojeras

Mach 3
lo calificamos: uno por el Cuchillo
dos por Maquiavelo, tres...
Velocidad que rompe
la barrera de la verdad con un decreto de arrestos en picado

Proyectos en perspectiva:
Mao Tse Tung confabulado
con Chiang Kai. Nkrumah
firma un pacto
secreto con Verwoerd, que Hastings Banda jura.

Comprobado: Arafat
en flagrante con
Golda Meir. Castro borracho
con Richard Nixon
montones de anticonceptivos bajo la litera papal...

... y más por venir